

LA DESINDUSTRIALIZACIÓN DE ESPAÑA: UNA MIRADA HACIA EL CASO SEAT

Adrián Florentino Sinesio



Resumen: La desindustrialización de España es un fenómeno complejo que se ha gestado durante décadas, impactando significativamente en la estructura económica y social del país. Este proceso no ha sido uniforme ni lineal, variando considerablemente entre diferentes regiones y sectores industriales. Tradicionalmente, España experimentó un notable crecimiento industrial en la primera mitad del siglo XX, impulsado por políticas de autarquía y proteccionismo durante la posguerra y los años posteriores. Sin embargo, a partir de los años 60 y, más acentuadamente, durante las décadas de 1970 y 1980, el país comenzó a enfrentar los retos de la globalización, la apertura de mercados y los cambios tecnológicos. La transición española hacia la democracia y la posterior integración en la Comunidad Económica Europea (actual Unión Europea) en 1986 marcaron puntos de inflexión importantes. Estos eventos favorecieron la liberalización de la economía y aumentaron la exposición de la industria española a la competencia internacional. La falta de inversión en innovación y desarrollo, junto con una estructura industrial en gran medida centrada en sectores de baja y media tecnología, dejó a muchas empresas españolas en una posición vulnerable. El caso de SEAT refleja tanto las vulnerabilidades como las oportunidades dentro del proceso de desindustrialización de España. Muestra cómo las estrategias de innovación, inversión extranjera y reestructuración industrial pueden ofrecer caminos hacia la revitalización y el éxito en un contexto globalizado.

Palabras clave: soberanía nacional, desindustrialización, crisis económica, SEAT.

Introducción

Para serles sincero, y creo que eso debe ser algo

de escrupuloso cumplimiento en este oficio, el artículo empezaba de manera diferente. En un alarde de rigor histórico, el abajo firmante sacaba

pecho mientras tecleaba «La Revolución Industrial fue un periodo de transformación económica, tecnológica y social que tuvo su inicio en Gran Bretaña a finales del siglo XVIII...» (Chaves Palacio, 2004), pero llegando a aquello de «Sin embargo, su llegada a España fue notablemente más tardía», las reflexiones históricas que habitaban mi cabeza habían sido ya totalmente reemplazadas por carruseles, musarañas y la reflexión de lo bonito que hubiera sido no haber nacido, o haber nacido muerto. La desesperación. El tedio. En definitiva, el aburrimiento. Un coñazo, que diría algún micromachista (Sahuquillo, 2017). Al fin y al cabo, yo no soy ni historiador ni periodista, sino escritor. Así que decidí barrer para casa y, en lugar de describir con rigor y escrúpulo los acontecimientos históricos, me puse a imaginarlos. Pongamos que se llama José Andrés. Con los brazos en jarras y expresión bobalicona en el rostro, mira hacia el horizonte. Está esperando el tren. Parecería un hecho cotidiano. Algo sin importancia. No obstante, la historia hay que analizarla en su contexto para su correcta interpretación (Marx, 1859; Marx, 1852), por tanto, con su permiso, colocaremos a José Andrés en tres contextos diferentes, para demostrar cómo cambia la cosa. En el primer caso, nuestro personaje espera, de igual modo, la llegada del tren, sólo que esta vez lo hace en Santander, frente a un campo de cultivo. Ha escuchado en la taberna que en Londres inauguraron el ferrocarril hace más de 10 años, y que hacía cosa de dos se había inaugurado en España. De modo que allí esperaba, impasible bajo la lluvia (en efecto, no hace falta precisar la época del año para saber que estaba lloviendo), la llegada del tren. Lo que nadie le había dicho era que el primer ferrocarril de España se había construido en la provincia de Cuba, en 1837 (González, 1987) esas colonias tan maltratadas por el imperialismo blanco cis heterosexual, y que no llegaría a Santander hasta la década los años 50 de ese mismo siglo (VV.AA., 1874). José Andrés fue diagnosticado con retraso mental en su más tierna infancia; le faltó oxígeno al nacer. En su barrio le conocían como «el tonto la Mari», en referencia a su madre. Pasadas unas horas de espera, nuestro personaje se baja el pantalón, el calzón, y se dispone a orinar en medio del cultivo de algodón. En el último caso, nuestro personaje espera el tren en Extremadura (elijan el lector la localidad que seguro acierta con la falta de este). Teléfono móvil en

mano, se graba de manera grotesca frente al lugar en que debiera estar la estación, o donde están las vías abandonadas, o puede que incluso en otro sitio no relacionado en absoluto, por pura pereza, como en la silla gamer de su habitación. Su padre le ha explicado mil veces que para cambiar las cosas hay que pelear de verdad, pero él defiende que así es como lucha él. Tiene las uñas pintadas de negro y el pelo azul. No tiene retraso diagnosticado, sino que es influencer, con más de medio millón de seguidores en TikTok —(They/them) #Diversidadfuncional #BLM—. Sabe leer, aunque tiene dificultades para comprender un texto de cierta extensión. Lo que ha sucedido entre el primer ejemplo y el segundo, tratándose de un mismo personaje, es la representación de la evolución histórica de España en 200 años de historia. Es lo que los medios nos venden como progreso.

Llegados a este punto, estimado lector, no quiero que se me malinterprete. Sería absurdo poner en duda el enorme progreso que han experimentado las sociedades occidentales desde el siglo XIX, a todos los niveles, tanto social como tecnológico. Pero, como bien sabemos, *Spain is different*, y lo nuestro no ha sido un proceso de industrialización al uso, como sucedió y sigue sucediendo, en Reino Unido o Alemania (Fariñas y otros, 2014), sino que más bien protagonizamos una de esas tramas tan repetidas en el mundo literario, que siguen el esquema de auge y caída. Comencemos por el principio.

Como dijo aquel: «antes todo esto era campo», y es que en España siempre hemos ido un pasito por detrás de Europa. Mientras que países de nuestro entorno, como Alemania o Inglaterra se industrializaban a comienzos de siglo XIX (Cruzet, 1869), España mantenía una economía predominantemente agraria y feudal hasta bien entrado el siglo XIX. Además, el poder de la nobleza latifundista y la falta de una burguesía industrializada obstaculizaron esta transición hacia una economía más industrial. El José Andrés de turno trabajaba en el campo como lo habían hecho sus antepasados en la Edad Media, prácticamente sin ningún cambio. Y, por si eso fuera poco, y pese a ser «el tonto la Mari», de vez en cuando maldecía en latín por su situación, y se ciscaba en los muertos de Castelar, o del alcalde, o de quien le viniese a la mente en los momentos de zozobra, al cuestionarse cómo era posible que España, siendo uno de los

países de Europa más ricos en recursos naturales, como en minerales o en carbón, la explotación de estos recursos no se llevó a cabo de manera eficiente casi hasta finales del siglo XIX (Montagut, 2016). No era, como sigue sin serlo, rentable; no interesaba, como sucede hoy, invertir en tecnología para su extracción y procesamiento. Es mejor comprárselo a países extranjeros y, si uno se descuida, trincar algo por el camino. Por las molestias.

José Andrés, que lo mismo daba él que su bisabuelo o su biznieto —no me malinterpreten—, además de ser tonto, quiero decir, diverso, y de ser el hijo de la Mari, resultó ser analfabeto. En aquellos tiempos, la tasa de analfabetismo en España se situaba en el 94% (Viñao, 2009), cifra muy superior a la cifrada en otros países europeos como Francia, donde se encontraba en torno al 20% (Blum y Houdaille, 1985). Una tendencia que, puestos a ser sinceros, mantuvimos durante décadas (de Gabriel, 1997). No obstante, y para ser justos, pese a no saber leer ni escribir, José Andrés conocía los beneficios antimicrobianos de la urea en relación con su regulación de genes epidérmicos, casi 150 años antes de su descubrimiento (Grether-Beck y otros, 2012). Por eso era que se meaba a las manos, aunque lo hiciera siempre a escondidas, porque le daba asco al señorito.

Querido lector, no se lleve las manos a la cabeza; al menos, no todavía. Porque no había sólo tontos analfabetos en aquella España nuestra; qué va. Había de todo, aunque en menor medida. Dejando de lado a los intelectuales, que, a decir verdad, poco podían hacer salvo denunciar la situación y tratar de agitar conciencias (para más detalle, revise el lector lo que desee de Valle-Inclán o Larra o Menéndez Pelayo, o el que fuera); decía, dejando de lado a los intelectuales, que había en España una burguesía que anhelaba ser tratada y respetada como la nobleza (y, ciertamente, terminaría por conseguirlo e, incluso, sobrepasarlos). Lo que pasaba es que el panorama era complicado. Se asomaba don Emilio, o el que fuera, a su balcón en la Gran Vía y observaba un panorama poco alentador: el que no era analfabeto no tenía ni para un mendrugo (Manual de la UNED, 2023), no había un sistema de transporte eficiente que pudiera mover sus mercancías, o abastecer su negocio (Vidal, 2010) y si se le iba la vista un poco... campo, campo y más campo, en gran parte sin labrar siquiera (Redondo,

2013). A ver quién tenía lo que hay que tener para meter ahí sus ahorros, en aquel páramo nuestro.

«Alguno hubiera habido que se pudiese atrever», estará pensado el lector. Evidentemente que lo habría. Lo que pasa es que cuando parecía que se atrevían se les torció el hocico a los navarros y se gastaron los cuartos en ver si cambiábamos un rey por otro, imagino que por ver cuál de los dos era más inútil (Henningsen, 1836; de Bolos, 1928; Ferrer, 1943-1960), y cuando no podía estar peor la cosa, Napoleón nos preguntó si dejábamos pasar sus tropas hacia Portugal (Molières, 2002; Grasset, 1914). Que tenía unos asuntos, nada serio. Ir y volver. Visto y no visto. Lo que pasa es que en España hay sol y jamón y aceite de oliva. A ver quién se iba. En definitiva, querido lector, que cuando terminaron con lo de los carlistas, y se marcharon al fin los franceses, nos quedó una España derrotada, que hubo consumido gran parte de sus recursos en resistir y en financiar batallas entre hermanos, y durante mucho tiempo no hubo quien lo recompusiese (del Mar, 2023; Gabillard, 1953; Branda, 2005; Musa, 2024). Espero no sea demasiado duro con la historia, mi querido lector, pero es que, al hecho de tener una estructura agraria tradicional (Redondo, 2013), inestabilidad política (de Bolos, 1928), sumada a las guerras, bajo nivel educativo y técnico con respecto a nuestros homólogos europeos (Blum y Houdaille, 1985; de Gabriel, 1985; Nadal y Sudriá, 1993), así como un considerable retraso en la infraestructura de transporte (González, 1987; VV.VV., 1874; Fariñas y otros, 2014), se le sumaban políticas muy desfavorables con respecto a la inversión de capital, ya que las severas políticas proteccionistas no sólo dificultaban en gran medida la inversión exterior (Tena, 2010) sino que, además, restringían el acceso a productos y tecnología de origen extranjero (Tena, 1988; Tena, 1989). Por todo ello, España pasaba una etapa de falta de inversión y acumulación de capital (Nadal y Sudriá, 1993), lo que supondría graves consecuencias. En primer lugar, mantuvimos (como mantenemos) una enorme dependencia económica con respecto a otros países, siendo España un país muy vulnerable a las fluctuaciones en los precios de las materias primas en el mercado internacional (Villafranca, 2021). En segundo lugar, como reza el dicho popular, *la pescadilla que se muerde la cola*, la falta de industrialización desencadenó graves dificultades

en la modernización del país (González, 1998); empezar de cero siempre cuesta más que hacerlo sobre una base, e invertir capital en un páramo siempre da menor confianza que hacerlo en un lugar con industria previa. Estos dos puntos tuvieron, como no podía ser de otra manera, un severo impacto en la sociedad española de la época, experimentándose un gran retraso en materia social y económica (Nadal y Sudriá, 1993), estancándose el modelo económico durante un tiempo significativo en el modelo preindustrial (Nadal y Sudriá, 1993), con una economía basada en la agricultura de manera mayoritaria y una pequeña industria de aparición tardía y en lugares muy concretos de la península (González, 1998), cuya consecuencia (que muy a mi pesar arrastramos aún hoy) fueron grandes migraciones desde zonas desindustrializadas hacia América y otros países de Europa (García, 1992; Vilar, 1998), ocasionando una gran desigualdad entre las diferentes regiones que constituyen el país (González, 1998; García, 1992; Vilar, 1998).

El siglo XIX amaneció nublado, desde un punto de vista industrial, en una España rural y analfabeta, aunque pronto los empresarios comenzaron a despertar al olor del dinero que les iba llegando desde Francia y Alemania, que ya se habían subido al carro de la industrialización (Puig y Castro, 2006). A partir de principios del siglo XIX, España inició un proceso crucial hacia la industrialización, marcando el comienzo de una era de cambios económicos significativos. El auge del comercio y el surgimiento de pequeñas manufacturas se erigieron como los precursores de una transformación más profunda (Caruana y otros, 2011). La introducción de maquinaria textil y la creación de las primeras fábricas en Cataluña y el País Vasco representaron hitos fundamentales en este proceso de modernización (Martínez, 1974; Rosés, 2004). En el contexto del reinado de Isabel II, a mediados del siglo XIX, se implementaron políticas proactivas para impulsar la industrialización en España, como la creación de ferrocarriles, la modernización de infraestructuras y la promoción de la educación técnica (Vilchez, 2001; VV.AA., 2004), con intención de estimular el crecimiento del sector industrial. El impacto socioeconómico y demográfico de la industrialización fue evidente. Se observó un significativo éxodo rural hacia las zonas urbanas e

industriales en busca de empleo, alterando la estructura demográfica de la sociedad española (Redondo, 2013). Al mismo tiempo, emergió una incipiente clase obrera que, ante las condiciones laborales desafiantes, comenzó a reivindicar derechos y mejoras en sus condiciones de trabajo (Marx, 1854; Marx, 1856). Cataluña se erigió como el epicentro de la escasa industrialización española (Martínez, 1974), provocando de manera indirecta una gran desigualdad regional en aquella España, que es la nuestra, y su correspondiente éxodo, desde las zonas deprimidas hasta estos núcleos industriales (Redondo, 2013). Es lógico. Todo el mundo quiere vivir mejor. Buscarse las habichuelas, como suele decirse.

Ya se habrá dado cuenta el lector, siguiendo un poco la dinámica histórica, que cuando España empieza a levantar la cabeza, aunque sea levemente, sucede la catástrofe. Y en este caso, al inicio del siglo XX, cuando parecía que la industrialización florecía, estalló la guerra. Y no una guerra cualquiera, de esas en las que no se entiende cuando te gritan insultos desde el otro lado. Qué va. Una de las otras. De las que te hacen empatizar con el enemigo al estar tan cerca que le escuchas rezar en tu misma lengua, a tu mismo Dios. Tal vez incluso a la virgen de tu pueblo. Porque fue una guerra entre hermanos, de la que aún quedan rescoldos —avivados por algunos sinvergüenzas, claro, aunque en eso no me quiero meter ahora, porque da para otro artículo—. La guerra civil española (Preston, 2006). Hay países a los que la guerra les viene bien. Que saben adaptar su producción y sus políticas económicas a la contienda, y terminan creciendo, en ocasiones pese a ser derrotados (Van Hook, 2004; Chirino y Vargas, 2020). Se ponen a fabricar sus tanques y sus rifles, *pim pam*, y cuando te quieres dar cuenta tienen una economía boyante. Pero en España no somos así, y lo que hicimos fue vender medio país por armas fabricadas en el extranjero, o lanzar latillas de mejillones con pólvora y cristales rotos... Por si eso fuera poco, estaba el desvío de capital humano y material hacia la guerra, lo que terminó de paralizar la industria a niveles mínimos (Jiménez, 1987). No voy a entrar a hablar de la guerra porque, mi apreciado lector, comprenda que sería desviarnos demasiado de la tesis central y luego me regañan porque me extiendo demasiado. Si quiere saber más sobre la guerra, existen muy

buenas publicaciones, no dude en preguntar. Pero, además de la tragedia, el fratricidio y el odio cainita que aún hoy muchos tratan de meternos por el gaznate, se dañó lo poco que teníamos. Se destruyeron infraestructuras (Jiménez, 1987). Se dañaron industrias estratégicas, o se detuvo la producción (Jiménez, 1987). La industria textil, uno de los mayores pilares de la economía española por aquel entonces, sufrió un enorme debilitamiento, dada la irrupción de las cadenas de suministro y la escasez de materias primas, fruto de la contienda (Jiménez, 1987). En términos generales, España sufrió un enorme declive de las manufacturas, debido al cierre de fábricas —temporal o permanente—, la falta de recursos —tanto humanos como materiales— y, en general, la destrucción ocasionada por la guerra (Jiménez, 1987). Las consecuencias a largo plazo fueron duras. Ya nadie esperaba el tren porque habían arrasado la estación hasta los cimientos. La Guerra Civil y la posguerra supusieron un retraso considerable en el desarrollo industrial de España. Otros países europeos avanzaron en la industrialización mientras España lidiaba con la reconstrucción y la reorganización de sus sectores productivos (Guisán, 2021). Por si eso fuera poco, la movilización de trabajadores hacia la guerra y la posterior represión política llevaron a una desestructuración demográfica e industrial. Muchos trabajadores cualificados perdieron la vida o se vieron obligados al exilio, lo que tuvo un impacto negativo en la fuerza laboral y en la continuidad de las habilidades industriales (Preston, 2006). Lo que llegó después es hartamente conocido. El delirio que sigue a la fiebre.

Desarrollo

Comencemos por los primeros años de dictadura de Franco, en los que este personaje nefasto de nuestra historia estableció un modelo económico conocido como autarquía. Este periodo abarca los años 1939-1959 (Viñas, 2021). La autarquía económica buscaba la autosuficiencia y la reducción de la dependencia exterior (Viñas, 2021), ya que, al menos por aquellos años, Franco no tenía muchos amiguitos fuera. El fascismo europeo se estaba convirtiendo en el enemigo internacional número uno, y había que pensar un poco qué hacer para calentar las lentejas. Pronto aquellos Gobiernos aliados cayeron —aunque, en España,

las potencias extranjeras mantuvieron la dictadura, por lo que sea (Piñeiro, 2006)— y el *caudillo* se vio solo. Y el tipo se lió a cavar, a hacer pantanos y abrir fábricas en diversos sectores, siguiendo una estrategia centrada en el fortalecimiento de la economía nacional a través del control estatal y la promoción de la producción interna (Viñas, 2021). Franco fue uno de los personajes más nefastos de nuestra historia. Un asesino sin escrúpulos que buscó enriquecerse por encima de todo, es cierto. Pero, «al César lo que es del César».

Este modelo económico tenía dos objetivos fundamentales. En primer lugar, la búsqueda de la máxima reducción de la dependencia exterior posible, fundamentalmente reduciendo las importaciones extranjeras y la compra energética (Viñas, 2021), ya que tanto la economía nacional como las relaciones internacionales atravesaban un momento complicado. En segundo lugar, el régimen pretendía fomentar la producción nacional, tanto en el sector primario como secundario, con el fin de alcanzar —siempre en la medida de lo posible— la independencia económica (Viñas, 2021). El planteamiento, las cosas como son, no suena mal del todo; no obstante, tuvo sus limitaciones. La autarquía llevó a un cierto grado de aislamiento económico, ya que las relaciones comerciales internacionales se vieron limitadas (Viñas, 2021). Por otra parte, y pese a su búsqueda del fortalecimiento de la industria nacional, este sistema económico, en manos del régimen franquista, mostró limitaciones en términos de innovación y competitividad, debido a la falta de interacción con las tendencias y avances internacionales (Viñas, 2021).

La autarquía también tuvo su lado positivo —si me lo permite el lector, nuestro Gobierno actual podría tomar nota de ciertas cosas, y ya es triste usar el régimen de Franco como ejemplo de cualquier cosa—. Y es que logró cierto crecimiento industrial, qué duda cabe. En cuanto al sector primario, fundamentalmente se promovió el desarrollo de la industria siderúrgica, considerada fundamental para la autosuficiencia y la construcción (Viñas, 2021), así como a producción de productos químicos, ya que estos eran esenciales para sectores como la agricultura y la fabricación (Viñas, 2021; Rodríguez, 2016). Se construyeron infraestructuras como embalses, para proporcionar energía hidroeléctrica, una medida destinada a fortalecer la

base industrial y limitar la dependencia energética de potencias extranjeras en la medida de lo posible (Brendel, 2019). También se incentivó la industrialización en regiones específicas, como el País Vasco y Cataluña, consolidando su papel como centros industriales destacados (Viñas, 2021) —en efecto, ese beneficio del que tanto presumen, que les aporta más que el PIB de Finlandia (Navarro, 2021), se lo concedió el dictador fascista Francisco Franco, a la patronal vasca y catalana; seguro que mi avisado lector no lo olvida—.

Aunque la autarquía logró ciertos avances industriales, también enfrentó críticas y mostró limitaciones que afectaron a largo plazo. La dependencia de sectores específicos, como la siderurgia, llevó a una falta de diversificación industrial, lo que resultó en una economía menos resiliente (Viñas, 2021) —palabra que aprendí en la carrera y que ahora se ha puesto muy de moda, así que aquí se la dejo a usted, para que la disfrute—. Por otro lado, en este mundo nuestro no cabe un país anacoreta. En este sentido, la falta de interacción con las corrientes internacionales impidió la innovación y la modernización industrial, lo que dejó a España rezagada en términos de competitividad. *En el carro de España falta la rueda de la ciencia*, como diría Ramón y Cajal.

La autarquía tuvo implicaciones significativas en la sociedad y la fuerza laboral. Imagino que cualquier lector, a estas alturas de la película, se hace a la idea. No obstante, yo se las enumero, aunque sea un poco por encima. Por si hubiera algún despistado, el régimen franquista fue enormemente violento y represor. Rápidamente, el control estatal se extendió infectando todas las capas de la sociedad, incluidas las organizaciones sindicales, limitando la autonomía y la capacidad de negociación de los trabajadores (Bernal, 2010) —dicho de manera muy generosa—. Si alguien se quejaba más de la cuenta podía ser encarcelado. En aquella España, organizar una huelga podía costarte la vida. Si cierto es que se generaron multitud de empleos en la industria, las condiciones laborales a menudo eran precarias (González, 2020). Pese a todo, la falta de oportunidades en el ámbito rural llevó a una migración interna hacia las áreas industriales, como hemos mencionado anteriormente.

La etapa de autarquía bajo Franco, aunque logró ciertos avances en el desarrollo industrial, también

mostró limitaciones fundamentales. La falta de diversificación, innovación y modernización industrial dejó a España en una posición desafiante en términos de competitividad global. Sin embargo, sentó las bases para la posterior apertura económica y las transformaciones que caracterizarían las décadas siguientes. La autarquía, a pesar de sus limitaciones, fue una fase crucial en la historia industrial de España. Como decíamos antes, «al César lo que es del César». No olvidemos nunca de dónde venimos, con espíritu crítico y voluntad de aprendizaje y avance. No vayamos a caer en los mismos errores. Incluso en otros peores.

A partir de la década de 1960, España inició un proceso de apertura económica que coincidió con tendencias globales hacia la liberalización comercial y la cooperación económica entre países. El mundo experimentaba una mayor interconexión económica, con el establecimiento de organizaciones comerciales internacionales y acuerdos bilaterales, así como la incentivación del turismo (VV.AA., 2016; Catalán, 2022). En lo concerniente a España, la necesidad de modernizar la economía y atraer inversiones extranjeras se volvió evidente para mantenerse competitivo a nivel global. Por otro lado, la cooperación económica con la Comunidad Económica Europea (CEE) a partir de la década de 1970 fue un paso crucial hacia la integración europea (VV.AA., 1978). También se incentivaron las inversiones extranjeras, atrayendo capital y tecnología más avanzada (VV.AA., 2016; Catalán, 2022), además del establecimiento de empresas multinacionales, que comenzaron a establecerse en España, contribuyendo al desarrollo de sectores clave ante la falta total de inversión por parte del Gobierno de la época (VV.AA., 2016; Catalán, 2022). Esta apertura económica propició un crecimiento industrial dinámico, especialmente durante la década de 1970 (Catalán, 2022). La industria del automóvil experimentó un auge notable con la entrada de fabricantes internacionales y el desarrollo de marcas nacionales, como SEAT. La producción de vehículos se convirtió en un motor clave para el crecimiento industrial (García, 2001). Esta *nueva* apertura económica contribuyó directamente a la competitividad de la economía española y promovió la modernización de los procesos industriales. La llegada de empresas internacionales introdujo tecnología avanzada,

elevando los estándares de producción y eficiencia (VV.AA., 2016; Catalán, 2022; VV.AA., 1978, García, 2001; Martínez, 2003). Junto a ella, la competencia internacional incentivó una mejora en la productividad y la calidad de los productos manufacturados (VV.AA., 2016; Catalán, 2022; VV.AA., 1978, García, 2001; Martínez, 2003). Parecía que España empezaba a levantar cabeza, dentro de sus limitaciones consecuencia de su delicada situación política. E imagino que, a estas alturas de la película, mi apreciado lector sabe lo que suele suceder en ese escenario.

Llegó la crisis. La primera de tantas, como sabrán ustedes. A esta la bautizaron como «la del petróleo» y afectó gravemente a la economía española, generando recesión y desempleo (Centeno, 1982; Lorca, 2015). Además, como sabemos bien, las crisis se llevan por delante a diversos sectores, ya que disminuye el poder adquisitivo general de la población y, por tanto, reduce la demanda de productos. Esto fue especialmente significativo para la industria manufacturera, una de las más potentes de la época en nuestro país (Lorca, 2015). Esa fue la primera realmente grave, aunque después, como sabrá mi avisado lector, vinieron muchas otras. No es cuestión de entrar en detalle de todas ellas, porque si no este artículo se convertiría más bien en un ensayo, pero es menester hacer hincapié. Una relativamente reciente dejó una herida que aún sangra. La crisis financiera de 2008 (VV.AA., 2017). La crisis financiera mundial de 2008 tuvo consecuencias significativas en España, provocando una recesión económica y elevadas tasas de desempleo (VV.AA., 2017; VV.AA., 2013). La reducción en la demanda global afectó negativamente a las exportaciones y debilitó aún más la base industrial del país (VV.AA., 2017; VV.AA., 2013; VV.AA., 2008). Por si eso fuera poco, el turismo, (desafortunadamente) el motor principal de nuestra economía patria, se redujo considerablemente, lo que tuvo un gran impacto en el poder adquisitivo de nuestra población, así como en la destrucción de empleo (Nieto y otros, 2017).

La desindustrialización de nuestro escaso poder productivo no fue sólo cosa de crisis económicas. El avance tecnológico y la automatización también han contribuido significativamente. La introducción de tecnologías avanzadas en la producción ha reducido la dependencia de mano de

obra, llevando a la eliminación de ciertos empleos industriales (Santos, 2021). El progreso, si no va orientado a la mejora de las condiciones de vida del ser humano, no puede ser denominado con tal acepción. Por otro lado, la modernización industrial, aunque eficiente, a menudo requiere una fuerza laboral altamente especializada, lo que puede dejar a algunos trabajadores desplazados y contribuir a la disminución del empleo industrial (Santos, 2021). En toda revolución industrial se reorganiza la clase trabajadora. Porque la alternativa es siempre desempleo, inestabilidad y dependencia. Por otro lado, las políticas económicas y los cambios estructurales en la economía española han tenido un papel significativo en la desindustrialización. La orientación hacia una economía más centrada en los servicios, impulsada por políticas gubernamentales, ha llevado a una disminución relativa de la importancia del sector industrial (VV.AA., 2024; Sánchez, 2024). Las políticas españolas han favorecido a las grandes empresas en detrimento de las pequeñas y medianas, dificultando su supervivencia y contribuyendo a la reducción del tejido industrial, como lo han hecho la liberalización y desregulación de sectores económicos clave, una política fiscal no suficientemente progresiva, la facilitación de acceso a financiamiento de las grandes empresas por encima de las pymes, las políticas de austeridad de la crisis de 2008, que supusieron la quiebra de multitud de negocios, junto a la globalización, que vuelve a las pequeñas empresas aún menos competitivas al tener que hacer frente a multinacionales que emplean mano de obra barata y con bajos estándares de trabajo en cuanto a derechos laborales y seguridad. Estos hechos, en su conjunto, han logrado que, con el transcurso de los años, se haya dado una gran concentración de mercado en las grandes empresas y multinacionales. La mercería de Merche cerró, y la frutería Juan y Vane. Y tantos otros negocios. Porque no podían competir con la bien engrasada maquinaria del capital, que cuenta con el poder del Estado a su servicio. Pero, en fin, será que el desempleo y la precariedad laboral se vean justificados ante la posibilidad de llevar a cabo nuestras compras a las diez de la noche, y pudiendo comprar mayoritariamente productos importados mientras dejamos marchitar nuestros cultivos en el

campo. No sabría decirle. Juzgue el lector. Por si eso fuera poco, *parió la abuela*, como se dice en mi tierra, y llegaron los hippies e impusieron en Europa, con el beneplácito del gran capital, el ecologismo capitalista. Este enfoque creciente en la sostenibilidad y la reducción de la huella ambiental también ha influido en la desindustrialización (VV.AA., 2024; Sánchez, 2024). Las normativas ambientales más estrictas han aumentado los costos de cumplimiento para las empresas industriales, especialmente aquellas que operan en sectores intensivos en recursos (VV.AA., 2024; Sánchez, 2024). Además, la presión para adoptar prácticas industriales más sostenibles ha llevado a la reestructuración y, en algunos casos, al cierre de instalaciones industriales que no cumplen con los estándares ambientales (Sánchez, 2024). Permítame el lector, si es tan amable como le presumo, que le invite a la reflexión en este aspecto. ¿Dónde queda la soberanía nacional? ¿Es democrático un país cuyas decisiones económicas son tomadas fuera de sus fronteras, por políticos extranjeros que responden, probablemente, a sus propios intereses? ¿Es justo que se limite la producción de algunos países, como España, con la excusa medioambiental, pero se permita el libre comercio con terceros que no los suscriben, como por ejemplo Marruecos?

A estas alturas, sé lo que está pensando usted, que no se le escapa una. *La desindustrialización de España: una mirada hacia el caso SEAT* dice el título de este artículo, pero aquí de SEAT parece que no se habla. Bueno, no se me impaciente, que ya vamos a ello.

SEAT, acrónimo de "Sociedad Española de Automóviles de Turismo", fue fundada en 1950 en Barcelona como una empresa conjunta entre el Gobierno español y el fabricante italiano Fiat. Este hito marcó un momento crucial en la industrialización de España, ya que representó la entrada del país en la industria automotriz (García, 2001). Durante las décadas de 1960 y 1970, SEAT experimentó un crecimiento vertiginoso. Se convirtió en el principal fabricante de automóviles en España y uno de los mayores empleadores del país. Su gama de modelos, que incluía desde compactos hasta vehículos familiares, se convirtió en un referente en el mercado nacional (Rossinyol, 2006). A medida que España ingresó en la década de 1980, SEAT se enfrentó a una serie de desafíos

significativos. La apertura de la economía española y la llegada de fabricantes internacionales de automóviles introdujeron una competencia feroz en el mercado nacional. Además, la empresa tuvo que lidiar con problemas de eficiencia y calidad en su producción (García, 2001). En 1986, SEAT se convirtió en parte del Grupo Volkswagen, una alianza que transformaría el rumbo de la empresa. La adopción de tecnologías y prácticas de gestión avanzadas de Volkswagen permitió a SEAT mejorar su competitividad y elevar la calidad de sus productos (Rossinyol, 2006). No obstante, pese a todo, SEAT seguía siendo un símbolo de la industria automovilística española, generando puestos de trabajo, así como en la cultura popular. Bajo el paraguas de Volkswagen, SEAT se embarcó en una estrategia de innovación y diversificación de su gama de modelos. Introdujo diseños vanguardistas y tecnologías de vanguardia, lo que la llevó a conquistar nuevos mercados y a ganar reconocimiento internacional. SEAT se convirtió en un pilar fundamental de la industria automotriz española, generando un impacto significativo en la economía del país. La empresa no solo contribuyó al empleo directo, sino que también estimuló una red de proveedores y servicios asociados a la industria automotriz (García, 2001). Pero los beneficios de algunos están por encima de todo. De los puestos de trabajo. De la calidad. Incluso de los intereses estratégicos del país. Recientemente hemos escuchado el mantra «desmantelamiento de SEAT». Y, a decir verdad, no está claro si SEAT va a cerrar o simplemente va a cambiar su filosofía. Grupo Volkswagen anuncia un nuevo rol: SEAT asumirá un nuevo papel dentro del Grupo Volkswagen, mientras que las novedades, las ventas y los beneficios serán cosa de CUPRA (Llorente, 2023).

El desmantelamiento o reducción de operaciones de SEAT en España puede plantear varios problemas y desafíos que afectan a diferentes aspectos, tanto económicos como sociales. La reducción de operaciones de SEAT probablemente resultará en la pérdida de empleos directos en la empresa y empleos indirectos en la cadena de suministro y servicios asociados. Los trabajadores afectados pueden enfrentar dificultades para encontrar oportunidades laborales comparables en el mismo sector, lo que puede llevar al desplazamiento de la fuerza laboral. En lo referente

a la economía, SEAT, como empresa importante, contribuye significativamente a la economía local en términos de impuestos, inversiones y gasto de empleados. Su reducción puede tener un impacto negativo en la actividad económica local. La cadena de suministro local que depende de SEAT también puede enfrentar dificultades, lo que afectará a pequeñas y medianas empresas que proporcionan bienes y servicios a la compañía, como sucedió en la llamada *crisis del ladrillo* con respecto a sus pequeñas y medianas *industrias satélite* (VV.AA., 2016). Presumiblemente, repercutirá en aspectos fundamentales para el progreso de un país, como son la innovación y el desarrollo tecnológico. La reducción de operaciones puede llevar a una disminución en la inversión en investigación y desarrollo, lo que afectaría la capacidad de la región para estar a la vanguardia en términos de innovación y tecnología. La salida de SEAT podría implicar la pérdida de conocimientos especializados en ingeniería y fabricación, lo que podría afectar a la industria automotriz y tecnológica en España. *La pescadilla que se muerde la cola*. El impacto social y comunitario se sentirá como una lanzada en el costado. La pérdida de empleos y la disminución de la actividad económica pueden tener un impacto social significativo, incluyendo un aumento en la tasa de desempleo y desafíos relacionados con la salud mental y el bienestar de los trabajadores afectados. La falta de oportunidades laborales puede provocar el desplazamiento de población, especialmente entre aquellos que buscan empleo en otras regiones o países. ¿Qué proponen entonces nuestros políticos? Ya saben ustedes. Más turismo. Menos diversificación. Lo contrario a lo que hacen los países ricos. En algunas regiones, la economía puede depender en gran medida de sectores como el turismo. La reducción de operaciones industriales puede aumentar la dependencia de fuentes de ingresos más volátiles. Por si no bastase, la reducción de operaciones de una empresa clave puede exponer la falta de diversificación en la economía local, lo que la hace más vulnerable a los cambios en el sector industrial.

Uno de los desafíos más significativos que enfrenta España es lo que podríamos denominar como «el círculo vicioso de la desindustrialización». A medida que se reduce la actividad industrial, disminuye el tejido industrial,

es decir, la infraestructura, proveedores y servicios asociados a la industria. Esto a su vez dificulta la generación de nuevas iniciativas industriales, ya que hay menos recursos y apoyos disponibles para emprendedores y empresas en crecimiento. En un mundo cada vez más globalizado y tecnológicamente avanzado, la competencia es feroz. España se enfrenta a la necesidad de mantenerse a la vanguardia en términos de innovación, tecnología y calidad de productos y servicios. Esto requiere una inversión significativa en I+D y una formación laboral altamente especializada. Una de las lecciones clave de la desindustrialización es la importancia de la diversificación y la especialización. España tiene la oportunidad de desarrollar sectores de alto valor agregado en áreas como la tecnología, la biotecnología y las energías renovables. Al focalizarse en nichos de mercado especializados, el país puede construir una ventaja competitiva sólida. El apoyo al emprendimiento y la innovación es fundamental para romper el círculo vicioso de la desindustrialización. La creación de ecosistemas empresariales y de innovación robustos, con acceso a financiamiento, mentoría y recursos, puede estimular la generación de nuevas empresas y la expansión de las existentes. Es esencial que las políticas públicas se centren en la promoción de la industria y la creación de un entorno propicio para el desarrollo empresarial. Esto incluye la simplificación de trámites, incentivos fiscales y programas de apoyo específicos para el sector industrial, así como una mayor planificación de la economía, en contraposición a la filosofía actual del denominado «consumo transgresor» (Cloucard, 2008). La colaboración entre el Gobierno y el sector privado es crucial. Esto puede tomar la forma de asociaciones público-privadas para la financiación de proyectos de infraestructura, programas de formación y desarrollo de habilidades, así como iniciativas conjuntas de investigación y desarrollo. En última instancia, el futuro de la industria en España depende de la capacidad del país para superar el círculo vicioso de la desindustrialización. A través de una combinación de diversificación, inversión en innovación y colaboración estratégica, España tiene la oportunidad de revitalizar su industria y construir una economía más sólida y competitiva en el escenario global.

Atento, querido lector, que la cosa se complica.

En el mundo, como en el cuerpo humano, todos los procesos están interconectados. La recuperación de la industria en España no es solo una cuestión económica, sino también un asunto de soberanía nacional de gran relevancia. Estos dos elementos están intrínsecamente ligados y su fortalecimiento mutuo es esencial para garantizar la autonomía y el bienestar del país. La capacidad de una nación para producir sus propios bienes y satisfacer sus necesidades internas es un pilar fundamental de la soberanía económica. Dependiendo en exceso de importaciones y de la producción extranjera expone a un país a vulnerabilidades económicas, ya sea por fluctuaciones en los mercados internacionales o por la dependencia de otros países para obtener productos esenciales. Una industria fuerte y diversificada es esencial para mantener la seguridad y la estabilidad de un país. En momentos de crisis, como conflictos internacionales o desastres naturales, contar con una base industrial sólida permite asegurar el acceso a recursos esenciales y mantener la continuidad de servicios vitales. La recuperación industrial no solo implica la producción de bienes, sino también el desarrollo de tecnologías avanzadas y la capacidad de innovar en sectores clave. Esto no solo impulsa el crecimiento económico, sino que también fortalece la posición de un país en el escenario internacional, permitiéndole competir y colaborar en igualdad de condiciones con otras naciones. Cabe destacar que la industria no solo es una fuente de riqueza económica, sino también de empleo. Una base industrial sólida crea una amplia gama de puestos de trabajo, lo que no solo beneficia a los trabajadores directamente involucrados, sino que también tiene un impacto positivo en las comunidades locales y en la sociedad en general. Contar con una industria fuerte brinda a un país la capacidad de responder y adaptarse a situaciones cambiantes, ya sea en términos de demanda de productos esenciales o de nuevas oportunidades económicas. La flexibilidad y la agilidad son esenciales en un entorno económico global en constante evolución.

En conclusión, la recuperación de la industria no es simplemente una cuestión de crecimiento económico, sino que tiene profundas implicaciones para la soberanía y autonomía de España como nación. Fortalecer la base industrial del país no solo asegura su independencia económica, sino que

también proporciona los cimientos para un futuro próspero y sostenible. Es un paso crucial hacia una España autónoma, capaz de enfrentar los desafíos del siglo XXI con confianza y resiliencia. Debemos tener muy presente nuestro pasado para saber con mayor certeza hacia dónde queremos que vaya nuestro futuro.

Referencias

Julián Chaves Palacio (2004). Desarrollo tecnológico en la primera revolución industrial. *Revista de Historia*.

María R Sahuquillo (2017). Micromachismos. Cómo nos explican las cosas los hombres. *Diario El País*.

Karl Marx (1852). *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Libro.

Karl Marx (1859). *Contribución a la crítica de la economía política*. Libro.

Abilio González González (1987). *Ferrocarril Habana-Güines*. Oficina de Monumentos y Sitios Históricos de la provincia Mayabeque.

Autor desconocido (1874). Ferrocarril Alar-Santander. *Revista de obras públicas*, tomo XXII.

José Carlos Fariñas, Ana Martín Marcos, Francisco Velázquez (2014). La desindustrialización de España en el contexto europeo. *Papeles de economía española* n144.

Maurice Cruzet (1969). *Historia general de las civilizaciones: El siglo XIX*, Tomo VI. Ediciones destino.

Eduardo Montagut (2016). *La minería en la España del siglo XIX. La organización territorial de España*.

Antonio Viñao (2009). *La alfabetización en España: un proceso cambiante de un mundo multiforme*. Publicaciones Universidad de Salamanca.

Alain Blum & Jacques Houdaille (1985). L'alphabétisation aux XVIIIe et XIXe siècles: l'illusion parisienne. *Le magazine Population*.

Narciso de Gabriel (1997). Alfabetización y escolarización en España (1887-1950). *Revista de Educación, Ministerio de Educación*.

Grether-Beck S, Felsner I, Brenden H, Kohne Z, Majora M, Marini A, Jaenicke T, Rodriguez-Martin M, Trullas C, Hupe M, Elias PM, Krutmann J (2012). Urea uptake enhances barrier function and antimicrobial defense in humans by regulating epidermal gene expression. *J Invest Dermatol*.

Manual de la UNED (2023). *Estructura económica española en el siglo XIX*. Grado en Derecho.

Manual de la UNED (2023). *Situación financiera de España en el siglo XIX*. Grado en Derecho.

Javier Vidal Olivares (2010). El sistema de transportes en España y Francia, 1750–1850. *Revista de historia económica*, Cambridge University Press.

Jesús-Ángel Redondo Cardeñoso (2013). *Conflictividad rural en la península Ibérica durante los siglos XIX y XX. Un estado de la cuestión*. Texto del libro “Desigualdades”.

Charles Frederick Henningsen (1836). *Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el General Zumalacárregui*. Editorial Española S. A.

Joaquín de Bolos Y Saderra (1928). *La guerra civil en Cataluña (1872 a 1876)*. Ed. Barcelona.

Melchor Ferrer (1943-1960). *Historia del Tradicionalismo Español*. Editorial Católica Española S. A.

Michel Molières (2002). *Les expéditions françaises en Portugal de 1807 à 1811*, Publibook.

Alphonse Grasset (1914). *La guerre d'Espagne (1807-1813)*. Éd. Hachette.

Sabrina del Mar (2023). Las guerras carlistas: el conflicto interno que cambió la historia. *Revista Moncloa*.

Jean Gabillard (1953). Le financement des guerres napoléoniennes et la conjoncture du Premier Empire. *Revue économique*.

Pierre Branda (2005). Les finances et le budget de la France napoléonienne: la guerre a-t-elle payé la guerre? *Revue du Souvenir Napoléonien*.

Marcelo Néstor Musa (2024). Consecuencias de las guerras napoleónicas en España. *Enciclopedia de Historia*.

Jordi Nadal y Carles Sudrià (1993). La controversia en torno al atraso económico español en la segunda mitad del siglo XIX (1860–1913). *Revista de Historia Industrial*.

Antonio Tena Junguito (2010). Un nuevo perfil del proteccionismo español durante la Restauración, 1875–1930. *Revista de historia económica*, Cambridge University Press.

Antonio Tena Junguito (1988). Importación, niveles de protección y producción del material eléctrico en España (1890–1935). *Revista de historia económica*, Cambridge University Press.

Antonio Tena Junguito (1989). *Comercio exterior*. Estadísticas Históricas de España, siglos XIX–XX, Madrid, Fundación Banco Exterior.

Beatriz Villafranca Serrano (2021). *El repunte de los precios de las materias primas y su impacto en la inflación*. CaixaBank Research.

Manuel González Portilla (1998). Primera industrialización, desequilibrios territoriales y estado. *Historia contemporánea*.

Ramón García López (1992). *Las remesas de los emigrantes españoles en América: siglos XIX y XX*. Júcar.

Juan B. Vilar (1998). *Las emigraciones españolas a Europa en el siglo XX: algunas cuestiones a debatir*. Universidad de La Rioja.

Núria Puig and Rafael Castro (2006). Changing and Persisting Patterns of International Investment: French and German Capital in Nineteenth- and Twentieth-Century Spain. *Business and Economic history (online)*.

Leonardo Caruana, Carlos Larrinaga, Juan Manuel Matés (2011). La pequeña y mediana empresa en la edad de oro de la economía española: estado de la cuestión. *Investigaciones de Historia Económica*.

Carlos Martínez Shaw (1974). *Los orígenes de la industria algodonera catalana y el comercio colonial*. Jordi Nadal & Gabriel Tortella Ediciones.

Joan Ramon Rosés (2004). Regional Industrialisation without National Growth: the Catalan Industrialisation and the Growth of Spanish Economy (1830-1861). *Revista de Historia Industrial*.

Jorge Vilches García (2001). *Progreso y Libertad. El Partido Progresista en la Revolución Liberal Española*. Alianza Editorial.

VV. AA (2004). *Historia contemporánea de España. Siglo XIX*. Edit. Ariel.

Karl Marx (1854). Revolutionary Spain. *New-York Daily Tribune*.

Karl Marx (1856). Revolution in Spain. *New-York Daily Tribune*.

Paul Preston (2006). *La Guerra Civil española. Reacción, revolución y venganza*. Penguin Random House.

James Van Hook (2004). *Rebuilding Germany: the creation of the social market economy, 1945-1957*. Cambridge University Press.

Alejandro Chirino Castillo, Ferran de Vargas (2020). *Izquierda y revolución: una historia política del Japón de posguerra (1945-1972)*. Bellaterra.

Juan Carlos Jiménez Jiménez (1987). Las consecuencias económicas de la guerra civil. *Revista de Historia Económica*.

María del Carmen Guisán Seijas (2021). La industria de España en 1950-2020 comparación internacional, impacto multisectorial y perspectivas 2021-2030. *Economistas*.

Ángel Viñas (2021). Autarquía y política exterior en el primer franquismo 1939-1959. *Revista de historia económica*.

Mª Del Rocío Piñeiro Álvarez (2006). Los convenios hispano-norteamericanos de 1953. *Historia Actual Online*, Universidad de Cádiz.

Raúl Rodríguez Nozal (2016). *La construcción de una industria farmacéutica autosuficiente en la España de la autarquía: entre la necesidad, la utopía y la propaganda franquista*. Asclepio.

Benjamin Brendel (2019). *Energetic connections. Francoist dam engineers as state agents constituted in international settings during the 1950s and 1960s*. Philipps-Universität Marburg.

Vicenç Navarro (2021). El estado del bienestar en España. *Revista de debat politic*.

Francisco Bernal García (2010). *El sindicalismo vertical. Burocracia, control laboral y representación de intereses en la España franquista (1936-1951)*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales - Asociación de Historia Contemporánea.

Julián González Hernández (2020). *Política laboral y represión del primer franquismo (1939-1959)*. Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas de Elche.

VV.AA. (2016). *La apertura internacional de España. Entre el franquismo y la democracia, 1953-1986*. Sílex.

Jordi Catalán (2022). Apertura tras la autarquía. *Diario El País*.

VV.AA. (1978). La adhesión de España a la CEE y la adaptación del acuerdo del 70. *Tribuna libre*.

José Luis García Ruiz (2001). La evolución de la industria automovilística española, 1946-1999: una perspectiva comprada. *Revista de Historia Industrial*.

Elena Martínez Ruíz (2003). La España de Franco (1939-1975). Economía. *Revista de Historia Económica*.

Roberto Centeno (1982). *El petróleo y la crisis mundial: Génesis, evolución y consecuencias del nuevo orden petrolero internacional*. Alianza Editorial.

José María Lorca Alcalá (2015). *El impacto de la crisis del petróleo de 1973 en el contexto económico español*. Historia contemporánea.

VV.AA. (2017). *Informe sobre la crisis financiera y bancaria en España, 2008-2014*. Banco de España.

VV.AA. (2013). *Encuesta de Población Activa*. Instituto Nacional de Estadística.

VV.AA. (2008). *El impacto de la crisis financiera sobre la economía española*. Informe anual del Banco de España.

José Luis Nieto, Isabel Román, Domingo Bonillo (2017). Impacto de la crisis económica 2008-2014 sobre el turismo receptor en España. *International Journal of Scientific Management and Tourism*.

Pablo Santos Rafecas (2021). *El impacto de las nuevas tecnologías en el empleo en España: sustitución tecnológica y necesidad de adaptación*. Universidad Pontificia de Comillas.

VV.AA. (2024). El sector servicios tira de la actividad y el empleo en España y marca máximos desde julio, según PMI. *Forbes*.

Alba Asenjo Domínguez (2024). La política económica hace mella en las empresas y se sitúa como su principal preocupación. *El independiente*.

VV. AA. (2024). *España y el pacto verde europeo*. Comisión europea.

Santiago Sánchez López (2024). El drama de la desindustrialización de España. *Diario El Español*.

Joan Rossinyol Vilardell (2006). *SEAT: Auto emoción*. Editorial Lunweg.

Javier Llorente (2023). SEAT: de la desaparición al "nuevo rol" dentro del Grupo Volkswagen. *Motor1*.

VV. AA. (2016). *El papel del sector de la construcción en el crecimiento económico: competitividad, cohesión y calidad de vida*. Informe del Consejo económico y social de España.

Michel Clouscard (2008). *Néo-fascisme et idéologie du désir: mai 68, la contre-révolution libérale libertaire*. Éd. Delga.